

á su hermano y á su hijo; y á otro hermano, á dos sobrinos y á cinco primos cardenales. Pedro Rogerio fue el único á quien no causó satisfacción su nueva dignidad. Se resistió pues, movido de una humildad sincera, y solo cedió á la voluntad de Dios, manifestada por la perseverancia de los cardenales, los cuales querian absolutamente dar á Urbano V un sucesor tan á propósito para continuar los proyectos de aquel santo y sábio Pontífice. Como era solamente diácono, del título de Santa María la Nueva, fue ordenado de sacerdote el sábado 4 de Enero, y consagrado y coronado al dia siguiente. Tomó el nombre de Gregorio XI, y ocupó la Silla pontificia siete años y tres meses. En el primer año creó doce cardenales. Como era naturalmente afable y modesto, intentaron los cardenales antiguos gobernarle con imperio, y para contrapesar su autoridad hizo esta promoción numerosa en la que habia, entre diez franceses, cinco lemosinos, compatriotas y aun parientes del nuevo Papa.

67. Gregorio se aplicó inmediatamente á las obligaciones esenciales del Pontificado, y en especial á conservar en su integridad y en toda su sencillez el depósito de la sana doctrina. No habia misterio, por santo y terrible que fuese, en que no se ejercitasen entonces la curiosidad y la sutileza escolástica. Supo el Papa que Juan de Lorena, del orden de los frailes menores, y algunos otros religiosos habian sostenido en Aragon, predicando de la Eucaristía, que si la hostia consagrada caía en un lugar

inmundo, dejaba de estar en ella el cuerpo de Jesucristo, y volvía á la substancia de pan; que sucedia lo mismo cuando algun animal comia ó roía la santa hostia; y que si los que comulgaban rompian las especies con los dientes, volaba inmediatamente al cielo el cuerpo de Jesucristo, y no pasaba al estómago (1). Aunque estas proposiciones tuvieron en otro tiempo partidarios distinguidos que las dieron á lo menos por problemáticas, prohibió Gregorio XI, pena de excomunion, que en lo sucesivo se predicase y enseñase públicamente aquella doctrina que á la sazón solo podia servir de escandalizar á los que no estuviesen muy firmes en la fe. En efecto, algunos doctores atrevidos, y entre otros Juan Wiclef, que empezaba á dogmatizar en Inglaterra, hablaban entonces de un modo poco conveniente acerca de la Eucaristía. En el dia se mirarán generalmente estas tres proposiciones como falsas é insostenibles.

En Alemania aseguraba y repetía con frecuencia el obispo de Halberstat, que todas las cosas de este mundo suceden por necesidad, que el destino dirige la vida y la muerte de cada hombre, y que todo depende absolutamente de las influencias celestes (2): ¡fruto de la astronomía supersticiosa de aquellos tiempos y de las disputas interminables sobre los futuros contingentes! Pero como Alberto (así se llamaba el obispo) era doctor de París, y

(1) *Direct. Inquis.* p. 44. (2) *Rain. ann.* 1372. num. 33. *Bucel. pag.* 21.



estaba reputado por hombre sábio, hacian sus discursos mucha impresion en Germania, y con especialidad en la nobleza ignorante. Fueron muchos los que titubearon en la fe; no se hizo caso de las buenas obras, y la oracion y todos los ejercicios de religion y piedad empezaron á mirarse como prácticas de puro aparato. Informado el Papa de este escándalo, envió comisionados con encargo de que procediesen de acuerdo con el inquisidor de la provincia. Averiguados los hechos, se debia obligar al obispo á que retractase en presencia de su clero y del pueblo lo que habia afirmado temerariamente, y declarase que era una heregía positiva. Ya fuese que se mostrase obediente, ó que se empeñase en sostener sus proposiciones, debian declarar en público los comisionados que eran heréticas y estaban condenadas por la iglesia romana.

Supo tambien Gregorio que habia en Sicilia algunas personas ilusas, las cuales honraban como santos á los sectarios de Dulcino, y á los hermanos de la vida pobre, sin embargo de que estas sectas habian sido condenadas por la Iglesia (1). Guardaban como reliquias los huesos de aquellos novadores que habian muerto en la obstinacion, erigian en su honor iglesias ó capillas, y se reunian en ellas con todas las ceremonias ridículas y los desórdenes del fanatismo. Con este aviso escribió el Papa á los obispos del pais para que impidiesen aquel culto pernicioso, no solo con las censuras eclesiásticas,

(1) *Rain. ibid. num. 36.*

sino tambien, en caso necesario, con el auxilio del brazo secular. La fecha de esta carta es de 12 de Setiembre de 1372 (1).

68. El principio del año siguiente fue notable por la muerte del santo obispo de Fiesoli; en Toscana, llamado Andrés, de la ilustre casa de Corsini. Antes que naciese, ofrecieron á Dios sus padres el primer fruto de su matrimonio; pero al principio correspondió Andrés muy mal á tan santo destino. A los doce años mostró ya mucha indocilidad y pertulancia, las cuales fueron en aumento por espacio de tres años, en tales términos que llegó al extremo de injuriar á su madre, y ésta le habló así: „ahora conozco, hijo mio, que fuiste tú el que ví en sueños la víspera de tu nacimiento. Pero si me pareció que era un lobo lo que salia de mi vientre, ví tambien que se dirigia á una iglesia, y que al entrar en ella se convertia en cordero. Ya es tiempo de que sepas que no eres nuestro, sino de la Madre de Dios, á quien te ofrecimos tu padre y yo.” Estas palabras le hicieron una impresion extraordinaria; estuvo pensando en ellas toda la noche, y tomó la resolucion de convertirse.

Al otro dia fue á presentarse á los carmelitas, y pidió como un favor singular que le admitiesen en su órden: lo que consiguió con la anuencia y con gran satisfaccion de sus padres. No tardó en hacer aun mucho más de lo que deseaban estos, con el rigor de sus austeridades, con un retiro su-

(1) *Bullar. tom. 2. p. 1061. et seq. Vghell. t. 3. p. 329.*



mamente sévero, con el desprecio de la gloria del siglo, y con las mas humildes prácticas de la santa locura de la cruz. Se le vió frecuentemente vestido de un saco y pidiendo limosna por las calles de Florencia. Cuando sus parientes daban á entender que los deshonraba con aquella conducta, „mi gloria (les decia) consiste en cumplir con las reglas de mi estado, y en imitar á un Dios que se anonadó por nuestra salvacion.” Tenia tanto horror á todo lo que era pompa y aparato, que huyó aun de las solemnidades que habian dispuesto sus parientes para su primer misa, y fue á decirla á un pequeño convento que habia fuera de la ciudad. Muy en breve honró el cielo con milagros la humildad de su siervo, porque apenas acabó sus estudios en París, adonde habia ido á continuarlos por orden expresa del capítulo general, cuando al pasar por Aviñon curó á un ciego haciendo oracion por él.

Restituido á Florencia, le hicieron prior del convento de aquella ciudad, donde al mismo tiempo que ponía el mayor cuidado en que le olvidase el mundo, fue electo obispo de Fiesoli; lo que consternó tanto á su modestia, que huyó y se retiró secretamente á los cartujos. Se le buscó, pero inútilmente, y se iba ya á proceder á una nueva eleccion, cuando se presentó en la asamblea un niño de tres años, y dijo en alta voz: „El cielo ha elegido á Andrés, id á la Cartuja, y allí le encontrareis haciendo oracion.” Le sacaron de aquella

casa, le consagraron, y gobernó veintitres años la iglesia de Fiesoli, llevando las virtudes episcopales al grado de perfeccion de que es presagio casi infalible la renuncia del obispado. Fue admirable en especial su caridad para con los pobres. Despues del mas maduro exámen de sus virtudes y milagros, fue canonizado en el último siglo (diez y siete) por el Papa Urbano VIII.

69. Un año despues que el santo obispo de Fiesoli murió Petrarca, de quien solo por razon de esta época podríamos hablar al lado de un siervo de Dios (1). La frivolidad de su carácter y de sus ocupaciones le haria muy indiferente á los escritores eclesiásticos, si su misma ligereza no hubiera suministrado algunas armas á los enemigos de la Iglesia. ¿Pero con qué fundamento y con qué ventaja pueden presentarle como uno de sus precursores? Petrarca, célebre por sus versos amorosos, por la sal y la hiel de sus sátiras, por la mezcla estravagante de la galantería y del libertinage con la calidad de canónigo y de arcediano, no tuvo jamás la solidéz de espíritu ni la gravedad conveniente para meterse á reformador. Panegirista ocioso de la virtud, y manchado con los vicios que no cesaba de reprender en los Pontífices y en los demás prelados, no pueden mirarle los hombres sensatos mas que como un declamador oficioso y nada temible. ¿Podia manifestar mejor su poco acierto y el desorden de sus ideas, que preconizando al estravagante

(1) *Vit. Petrarca. per Squaza.*



y sedicioso Rienzi como restaurador de la libertad romana, é igualándole con los Brutos, con los Camilos y con los mayores héroes de la antigua Roma? ¿No se desacredita cualquiera que fundado en el voto de este autor pretende que la iglesia romana es la nueva Babilonia, ó la ramera del Apocalipsis (1)? Los que así se espican no están de acuerdo con Petrarca, ni éste lo estaba consigo mismo. A la verdad, vomita las injurias mas atroces y los sarcasmos mas sangrientos contra la corte de Aviñon; pero al mismo tiempo profesa invariablemente la fe de la Silla de Pedro, y reconoce del modo mas solemne la autoridad de sus sucesores. Así refutó anticipadamente á los sectarios inconsiderados que tuvieron sus cartas latinas por documentos graves y de primer orden para traer á su favor este testimonio de tan poca importancia.

70. En la creencia y en las prácticas religiosas se mostró siempre contrario á los novadores que llamaron la atencion y solicitud de la Silla apostólica. Tales fueron en el pais de Tolosa los hereges que quedaban todavía de la secta de los albigeneses (2); los waldenses y los pobres de Leon en el delphinado y en las provincias inmediatas, y los begardos, llamados turlupinos, en Flandes y en otros muchos parages del reino. Este nombre de turlupinos se daba seriamente á una especie de maniqueos, que con el pretexto de que la naturaleza es obra de Dios, tenían por principio que no conviene aver-

(1) *Mister. de iniq. p. 440.* (2) *Gavin. lib. 9.*

gonzarse de ninguna cosa que sea natural. De consiguiente despreciaban las leyes del pudor, como si fuesen irracionales, y se abandonaban á las acciones mas vergonzosas cuando podian hacerlo impunemente. El Papa escribió al Rey Carlos V en los términos mas enérgicos para que contuviese los progresos de aquella secta infame (1). Se usó de rigor contra semejante trastorno del orden y de la honestidad pública. Se quemaron sus libros en París, en el mercado de los cerdos, fuera de la puerta de San Honorato. Se prendió á los principales autores de una doctrina tan perjudicial, que eran una muger llamada Juana de Aubenton, y un hombre de quien no sabemos como se llamaba. La muger fue quemada viva, y habiendo muerto en la prision su cómplice, se guardó su cadáver hasta que se diese la sentencia, y fue tambien arrojado en una hoguera. Esta severidad contuvo la imprudencia de los sectarios sin extinguir la secta, supuesto que muchos años despues seguian los turlupinos esparciendo sus errores en cualquier parte donde podian prometerse la impunidad.

Por lo que hace á los hereges del Delfinado, patarenos, pobres de Leon ó waldenses, ya fuese porque se opusiesen menos al orden público, ó por su distancia de la corte, se los persiguió con menos vigor; lo que aumentó considerablemente su número en aquella provincia, y estendió el contagio por los paises circunvecinos (2). El Papa se que-

(1) *Rain. ann. 1373. num. 19. et 20.* (2) *Gerson. t. 1. pag. 19.*



jó al Rey de que sus ministros, lejos de sostener, como debian, á los inquisidores, ponian todos los dias nuevos obstáculos á las funciones de su cargo. Les señalaban (segun decia el Pontífice) lugares poco seguros para proceder contra los sectarios, no les permitian formar ninguna causa sin la intervencion del juez secular, ó los obligaban á que les exhibiesen sus procedimientos: ponian en libertad á los que de orden de los inquisidores estaban presos por sospechosos ó convictos de heregía, y no querian prestar el juramento de limpiar de hereges el pais, aunque lo disponia así el derecho que se observaba entonces. Estas restricciones á que estaba sujeto el egercicio de la inquisicion, dan á entender que este tribunal, establecido en Francia como unos cien años antes por el Papa Alejandro IV en el reinado de San Luis, empezaba ya á disgustar á los franceses.

71. El Rey Carlos V, ó el Sábio, usó aun de menos moderacion en esta parte, pues desde el principio del pontificado de Gregorio XI quitó á los eclesiásticos el conocimiento de las causas puramente civiles, como la venta de las tierras, las herencias, los tanteos y otras cosas semejantes (1). Por mas que sean indubitables los límites entre la jurisdiccion eclesiástica y la temporal, no hay cosa mas fácil que equivocarse en estas materias. Todos los dias se suscitaban una infinidad de debates y competencias entre las dos potestades, y el Rey

(1) *Fontan. t. 4. p. 944.*

estaba empeñado en cortarlas de todo punto. Temió el Papa las consecuencias que de aquí podian resultar, y trató de impedir que llegasen á verificarse; pero el sábio y religioso Monarca creyó que servia á la Iglesia, y que facilitaba al clero el cumplimiento de las obligaciones propias de su vocacion, libertándole de unos cuidados que le eran absolutamente estraños. Las reformas en estas cosas solo son peligrosas, á pesar de su gran delicadeza, cuando se carece de la atencion necesaria para conocer los verdaderos límites, ó cuando falta la rectitud que se requiere para contenerse en ellos.

No solo era incómodo á los franceses el yugo de la inquisicion, sino que tambien se llevaba con impaciencia en algunos estados de Italia. Habiendo hecho prender por causa de heregía á algunas personas opulentas el inquisidor de Venecia Miguel Pisani, del orden de los frailes menores, los ministros del dux Juan Gradenigo arrestaron á los del inquisidor, sostuvieron que al prender á los hereges les habian robado algunas alhajas, y les dieron tormento (1). El Papa escribió al dux sobre esta ocurrencia, pero mas bien en tono de quien suplica y solicita, que de quien amenaza y manda: se estableció una negociacion, sobrevinieron grandes dilaciones, murió entretanto el dux Gradenigo, y se concluyó el asunto por vía de transacion en tiempo de su sucesor Juan Delfino. En Susa, ciudad del Piamonte, fue asesinado un inquisidor

(1) *Vading. ann. 1359. num. 12. et seq.*



en el convento de dominicos el día de la Candelaria del año 1375. Otro inquisidor de la misma orden fue muerto públicamente delante de la iglesia en una parroquia de la diócesis de Turin, y en el día de la octava de Pascua despues de haber dicho misa.

72. El espíritu de secta y novedad iba haciendo progresos hasta en lo interior del norte. Un canónigo de Praga, llamado Milleczi, despues de haber sembrado el error en su patria, pasó con el mismo objeto á Gnesna, ciudad de Polonia, donde acreditó su perniciosa doctrina con una piedad aparente. Fue grande el escándalo, pues llegó á noticia del Papa Gregorio, el cual escribió á los arzobispos de Gnesna y de Praga, á los obispos de Breslau, de Litomissels y de Olmutz, y al Emperador Carlos, Soberano natural del canónigo en calidad de Rey de Bohemia.

La Polonia experimentaba al mismo tiempo otro género de turbulencias, con motivo de la facción de un Príncipe inconstante que, despues de haber renunciado las grandezas del siglo por abrazar la vida monástica, quiso ser sucesor del Rey Casimiro el Grande, el cual murió en el año 1370 (1). Llamábase Ladislao el Blanco, era primo hermano de Casimiro, y descendía, como éste, de la augusta casa de los Piats, que acababa de reinar en Polonia por el advenimiento de un Príncipe extranjero

(1) *Diugof. lib. 10. pag. 20. et seq. -- Pictor. Nidan. tom. 2. lib. 4. cap. 30.*

á esta corona, á saber, Luis, Rey de Hungría, de la casa de Francia, y sobrino del último Rey de Polonia por línea femenina. La mayor parte de la nacion polaca obedecia á Luis; pero algunos grandes pensaron en sacar á Ladislao del monasterio de San Benigno de Dijon, adonde habia pasado desde el Cistér que fue el primer lugar de su retiro. Fueron á buscarle, y brilló la diadema en su presencia: terrible tentacion para aquel solitario inconstante. Aceptó la oferta, fue á pedir la dispensa al Papa Gregorio, y aunque se la negó por dos veces, no dejó de continuar en su empeño.

Luego que llegó á Polonia, juntó tropas, se apoderó al principio de algunas plazas fuertes, pero despues fue derrotado, y acabaron con su partido los generales del Rey de Hungría. Hizo un convenio con su vencedor, mediante una suma de dinero y una abadía considerable que le dió el Rey Luis. En seguida volvió á San Benigno de Dijon, adonde parece que le llevó su inestabilidad natural mas bien que el arrepentimiento, supuesto que solicitó de nuevo la dispensa en el pontificado de Clemente VII. Este Pontífice sagáz no malogró una ocasion tan favorable para substraer á la Polonia de la obediencia de su competidor Urbano VI; pero la segunda tentativa de Ladislao no fue mas feliz que la primera. Volvió, pues, otra vez á Dijon, y murió en Strasburgo, dejando dispuesto que se trasladasen sus cenizas á San Benigno, donde se vé todavía su epitafio grabado en su sepulcro, y está